

Virgilio como fuente de san Isidoro en materia geográfica

Los numerosos estudios que han abordado el tema de la geografía en la *Eneida* dan testimonio de la importancia que esta materia tiene en el conjunto del poema. No es preciso puntualizar que Virgilio no es un tratadista de geografía, sino ante todo un poeta; y, consecuentemente, el material geográfico estará en todo momento subordinado a las exigencias de esta realidad: la *Eneida* es un poema. En este sentido puede hablarse con P. G. van Wees¹ de una «geografía poética» en la *Eneida* virgiliana. Del mismo modo es indudable la influencia del pensamiento geográfico griego en el que el concepto de simetría era uno de los pilares de la ciencia geográfica; esa concepción, como ha demostrado Currie², tuvo un gran influjo en los poetas romanos, especialmente en Virgilio. Pero no era éste el único soporte ideológico. Así, J. O. Thomson³, después de una rápida exposición de las relaciones existentes entre la ciencia geográfica antigua y los sistemas filosóficos, analiza los estrechos contactos de Virgilio con la filosofía epicúrea y estudia cómo nuestro autor hace una utilización poética de la geografía, sobre todo de los nombres geográficos.

Sin perder en ningún momento de vista ese marco poético en que se encuadra la obra, resulta evidente que en el desarrollo argumental la geografía ocupa un papel primordial cuando se enfoca bajo el prisma del nacimiento de una

1 P. G. van Wees, *Poetische Geographie in Vergilius' Aeneis* (Tilburg 1970).

2 H. M. Currie, 'Symmetry, poetry and geography', *The Classical Bulletin* (Dept. of Class. Languages at Saint Louis University), 52 (1976) p. 46-47.

3 J. O. Thomson, 'Geographica Vergiliana', *Greece and Rome*, 2ª serie 2 (1955) pp. 50-58.

nueva nación que llega a asentarse en unos parajes determinados después de una larga y accidentada marcha a través de numerosas tierras. En esta vertiente —y en su mayoría referidos a los lugares mencionados por la relación que legendariamente tenían con la llegada de Eneas a Italia— podemos citar, a guisa de ejemplo, los estudios de C. P. Phillips⁴, P. della Corte⁵, B. Rehm⁶, A. Mauri⁷, F. Castagnoli⁸ o J. Perret⁹.

Una visión pormenorizada de la geografía en Virgilio ha sido expuesta recientemente (en 1930 lo había intentado W. Longyear)¹⁰ en dos valiosos estudios: el de A. G. McKay¹¹ y el de F. della Corte¹². Virgilio no se limita al mapa de Italia, sino que sus menciones geográficas alcanzan a Egipto¹³, al norte de Africa¹⁴ o al cercano este¹⁵.

En este sucinto bosquejo resaltemos especialmente un hecho: los juegos etimológicos a que muchas veces se entrega Virgilio al mencionar nombres de lugares o de héroes¹⁶. La utilización de la etimología por parte del poeta

4 C. P. Phillips, *Italian landscapes and peoples in the Aeneid. Birth and death of a nation*, Diss. (Brown University 1974).

5 F. della Corte, 'Commento topografico al IX dell'Eneide', *Vergiliana. Recherches sur Virgile*, publicado por H. Bardon y R. Verdière. (*Roma Aeterna* 3), (Leiden 1971) p. 137-57. En él se demuestra que Virgilio tenía conocimiento directo e inmediato de la topografía del *Vetus Latium*, que cita con rigurosa exactitud.

6 Rehm, B., 'Das Geographische Bild des alten Italien in Vergils Aeneis', *Philologus*, Supplementband 24, 2 (1932).

7 A. Maiuri, 'Monumenti e luoghi della Campania nell'epoca Virgiliana', *Studi Virgiliani* (Roma 1931).

8 F. Castagnoli, 'I luoghi connessi con l'arrivo di Enea', *Archeologia classica*, 19 (1967).

9 Perret, J., *Les origines de la légende troyenne á Rome (281-31)* (Paris 1942).

10 W. Longyear, 'Vergilian map', *American Class. League* (1930).

11 A. G. McKay, *Vergil's Italy* (Greenwich, Conn. 1970).

12 F. della Corte, *La mappa dell'Eneide* (Firenze 1972).

13 Cf. A. Tomsin, 'Virgile et l'Égypte', *AC* 22 (1953) p. 412-18. El autor, basándose en la descripción que Virgilio hace de Egipto (*Georg.* 4, 287 ss. y *Aen.* 8, 711 ss. descripción realmente muy precisa) sospecha que el poeta conocía en persona aquellos lugares, que seguramente había visitado en compañía de Mecenas durante el viaje realizado entre septiembre del 29 y comienzos del 28.

14 Cf. A. Deman, 'Virgile et la colonisation romaine en Afrique du Nord', en *Hommages à A. Grenier*, vol. 1 (Bruxelles 1962).

15 Cf. C. H. Gordon, 'Vergil and the Near East', *Ugaritica* 6 (Paris 1969) 267-88.

16 Cf. L. Adams Holland, 'Place, Names and Heroes in the Aeneid', *American Journal of Philology* (1935).

mantuano ha sido estudiada por Bartelink¹⁷ y por Due¹⁸. Este último, después de examinar numerosos ejemplos virgilianos, opina que la inclinación etimológica de nuestro autor no se limita únicamente a los nombres de personas o de lugares, sino que alcanza a toda posible relación entre palabras, por muy aberrante que ésta pueda parecernos hoy día¹⁹.

San Isidoro, en las *Etimologías*, trata temas geográficos en el cap. 2 del libro 9 («acerca de los nombres de pueblos y naciones»), y en los libros 13 («del mundo y sus partes») y 14 («de la tierra y sus partes»). La gran afición de Isidoro a la geografía se pone de manifiesto, además, en otras dos obras suyas en que se aborda también el tema: *De natura rerum* y *De fabrica mundi*. Existe en la Biblioteca de El Escorial un manuscrito —publicado por A. Blázquez y Delgado Aguilera²⁰— en cuya portada se lee: «Contiene este tomo el libro que escribió san Isidoro titulado *Mappa Mundi*». Parece fuera de toda duda que semejante obra no es de san Isidoro, aunque seguramente muchos de sus materiales sí han sido extraídos de las obras del obispo hispalense. (Y ello es un testimonio más de la importancia —también en este campo— que Isidoro tuvo en la Edad Media). Y es que en las *Etimologías* afloran continuamente elementos relacionados con la geografía. «El hombre antiguo... —escribe Montero Díaz²¹— poseía una visión distinta de la unidad y especie de los acontecimientos geográficos. En una obra vasta como la de Isidoro hallamos dispersas muchas páginas cuyo contenido no vacilamos nosotros, con nuestra concepción actual, en asignar a diferentes aspectos de la ciencia geográfica, y que, en cambio, su autor o un coetáneo no hubieran agrupado sistemáticamente bajo el mismo título».

17 G. J. M. Bartelink, 'Etimologisering bij Vergilius', *Meded. Nederl. Akad. van Wet.* N. R. 28, 3 (Amsterdam 1965).

18 O. S. Due, 'Zur Etymologisierung in der Aeneis', *Class. et Mediaev.* F. Blatt dedic. 9 (1973) p. 270 ss.

19 En este sentido, Cf. D. S. Raven, 'A Note on Vergil Aen. 4, 9-14', *A Class* 18 (1975) p. 147-48, en donde la interpretación física de *armis* a partir de *armus* es preferida a la idealista de *arma*. Compárese con *Odisea*, 11, 336-38. Por nuestra parte remitimos a *Etim.* 18, 5, 2.

20 A. Blázquez y Delgado Aguilera, *San Isidoro de Sevilla. Mapamundi* (Madrid 1908).

21 En la introducción general a las *Etimologías*, traducidas por L. Cortés y Góngora, (BAC, Madrid 1951) p. 51.

En efecto, «en lo que respecta a la concepción general del mundo, al encuadramiento astronómico de la tierra se refieren los capítulos 24 al 71 del libro 3, *De quattuor disciplinis mathematicis*, y los capítulos 28 al 39 del libro 5, *De legibus et temporibus*... A lo que hoy llamamos geografía humana pertenecen los capítulos 10 y 11 (*De diis gentium*) del libro 8, y el 1 del libro 9, que trata de *De linguis gentium*... Al concepto actual de geografía descriptiva responden el capítulo 2 (*De gentium vocabulis*) del libro 9 y el espléndido *De civitatibus* (cap. 1, libro 15) que contiene una erudita y pintoresca enumeración de las urbes antiguas, documento aun hoy precioso para reconstruir el mapa urbano de la baja antigüedad... Y finalmente, toda la obra isidoriana está saturada de saber geográfico. Algunos libros, como *De animalibus*, *De rebus rusticis* y *De lapidibus et metallibus*, revelan una constante preocupación por el emplazamiento geográfico, la procedencia, la tierra originaria, dando en todo momento una idea exacta de la distribución de las especies en la superficie entonces conocida del planeta»²².

Las fuentes utilizadas por Isidoro en el campo de la geografía fueron principalmente Plinio, Lucrecio, Séneca, Salustio, Solino, Vitruvio, san Jerónimo, san Agustín, san Ambrosio y Orosio, éste sobre todo en el aspecto cosmográfico. Los orosianos *Adversus paganos libri VII* se inician con una sucinta exposición de geografía que no sólo utilizaría san Isidoro, sino que será un verdadero manual durante toda la Edad Media, sobre todo en España²³, en donde la cartografía alcanzaría un brillante desarrollo²⁴ a partir de los escritos de Orosio y de Isidoro²⁵. Pero no se limitará a España²⁶.

22 Ibid., p. 48-49.

23 G. Becker, *Los estudios geográficos en España* (Madrid 1917) p. 14 ss.

24 Cf. A. Blázquez y Delgado Aguilera, *Estudios acerca de la cartografía española en la Edad Media* (Madrid 1906) p. 13 ss.

25 Sobre la cartografía isidoriana, Cf. R. Uhdén, 'Die Weltkarte des Isidorus von Sevilla', *Mnemosyne* (1936) p. 1-28.

26 Así, el mapa sajón llamado «de Ebstorf», datable en el siglo 13, si bien sigue la tradición de los *itineraria picta* romanos, se aleja bastante de ellos, incorporando, en cambio, toponimias y leyendas extraídas de fuentes latinas tardías, concretamente, por lo que a Africa se refiere, Solino, Orosio y San Isidoro. Cf. J. Desanges, 'L'Afrique sur la carte d'Ebstorf', (Colloque international sur la cartographie archéologique et historique), (Tours 1972) p. 33-5.

Para no alargar más estos apuntes sobre la importancia de la geografía en san Isidoro remitiremos al trabajo de Montero Diaz sobre las ideas geográficas del obispo de Sevilla²⁷; a A. Melón, por lo que respecta a la importancia de la geografía bíblico-erudita de nuestro autor hasta el siglo XIV²⁸; a V. Benavides, por lo que atañe a la etnografía isidoriana²⁹; a G. Menéndez Pidal³⁰ quien, trata, entre otras cosas, de la geografía isidoriana; y sobre todo, aunque más antiguo, a A. Phillip³¹, que resulta aún imprescindible en el estudio de las fuentes de nuestro santo.

Cuando líneas más atrás mencionábamos los autores en los que Isidoro buscó las informaciones relativas a la geografía³² no nos hacíamos eco entre ellos de Virgilio. Y sin embargo una simple lectura de las *Etimologías* es suficiente para que nos demos cuenta de la abundancia de citas virgilianas que nos ofrece. Concretamente son 21 las citas textuales de las *Eglogas*, 43 las de las *Geórgicas* y 192 las de la *Eneida*. Esto sin tener en cuenta las numerosas ocasiones en que no se cita textualmente, pero en que la sombra de Virgilio es bien patente. Todo esto revela, de entrada, un amplio conocimiento de la obra de Virgilio por parte de san Isidoro³³ quien, en muchas ocasiones, es in-

27 S. Montero Diaz, 'Ensayo sobre las ideas geográficas de san Isidoro de Sevilla', *Revista de la Universidad de Madrid*, 1 (1940) pp. 122-42.

28 A. Melón, 'La etapa isidoriana en la geografía medieval', *Arbor*, 28 (1954) p. 456-67.

29 V. Benavides, 'La etnografía en San Isidoro', *Crónica general de los actos celebrados en León (1 de mayo-31 de octubre de 1960) en conmemoración del XIV centenario del nacimiento de San Isidoro (580-1960) y del I milenario de la Biblia visigótica (960-1960)* (León 1961) p. 169-87.

30 G. Menéndez Pidal, 'Le rayonnement de la culture isidorienne. Les mozarabes', *Cahiers d'Histoire mondiale*, 6 (1960-61) p. 714-31.

31 A. Phillip, 'Die historischen und geographischen Quellen in den Etymologien des Isidors on Sevilla', *Quellen und Forschungen zur alt. Gesch. und Geogr.*, (Berlin 1912-13).

32 Respecto a las fuentes generales de San Isidoro, Cf. J. Fontaine, 'Problèmes de méthode dans l'étude des sources isidorienes', p. 115-31, y 'La originalidad de Isidoro', p. 509-23, ambos artículos en *Isidoriana. Estudios sobre San Isidoro de Sevilla en el XIV centenario de su nacimiento* (León 1961). Cf. igualmente M. Starowewski, 'Isidoro de Sevilla y la literatura clásica I', *Meander* 29 (1974) p. 357-87 (fuentes griegas) y II, *Meander*, 30 (1975) p. 19-35. (en donde expone alfabéticamente los autores latinos que sirvieron de fuente a las *Etimologías* y a la *Chronica* de Isidoro). Aunque antiguos podemos citar también H. Dressel, *De Isidori Originum fontibus* (Turín 1874); G. Homeyer, *De Isidori fontibus* (Iena 1913); y A. Schmekel, *Isidorus von Sevilla. Sein System und seine Quellen* (Berlin 1914).

33 Cf. L. Holtz, 'La survie de Virgil dans le haut Moyen Age', *Présence de Virgile* (Paris 1978) p. 209-22, en que aborda la supervivencia de Virgilio

dudable que cita de memoria. En un número tan abundante de citas no podían faltar las que se refirieran a la geografía, y éstas son las que en el presente trabajo van a ser motivo de atención por nuestra parte.

Hemos dejado asentado desde el principio el interés que la geografía tiene en Virgilio, sobre todo en la *Eneida*. Pues bien, a pesar de ello nuestra primera premisa es que si san Isidoro utiliza en esta materia a Virgilio ello se debe, más que a los datos geográficos en sí mismos (que toma, como hemos apuntado, con preferencia de otras fuentes más dedicadas al tema) a un deseo erudito de reforzar literaria y cultamente un dato, así como a darle un soporte de «autoridad». Y esta idea es aplicable a la mayoría de las citas poéticas (y no sólo virgilianas) aducidas por Isidoro, de manera que es evidente su deseo de sugerir una relación entre etimología y poesía³⁴. Esto que hoy día pudiera parecer inadmisibile en la investigación etimológica, era absolutamente válido en la antigüedad³⁵, y presenta en Isidoro una perfecta coherencia, como ha demostrado J. Fontaine³⁶.

Las citas virgilianas a que nos referimos vamos a agruparlas en tres diferentes apartados. En un apartado A) se recogen las citas que avalan o amplían detalles geográficos o etnográficos que parecen ser del dominio público; en un apartado B) englobamos aquellas que vienen sobre todo a corroborar o explicar una etimología; finalmente, el apartado C) lo integran aquellos pasajes que, como veremos, entrañan confusión o mala interpretación.

A) Dentro del primer apartado tenemos:

Alejamiento y crueldad de los garamantes: «Garamantes populi Africae prope Cyrenas inhabitantes, a Garamante rege Apollinis filio nominati, qui ibi ex suo nomine Garama

durante el siglo VI en la Galia, durante el VII en Irlanda, y en España en tiempos de S. Isidoro, Consúltese así mismo J. Fontaine, *Isidore de Seville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique* (Paris 1959).

³⁴ Cf. G. Gasparotto, 'Le citazioni poetiche nell libro 13 delle *Etymologiae* d'Isidoro di Siviglia', *Miscelánea patristica. Homenaje a A. C. Vega* (El Escorial 1960) p. 250-83.

³⁵ Cf. M. E. Amsler, *The theory of Latin etymology in the early middle ages. From Donatus to Isidore* (Ohio State Univ., Columbus 1976).

³⁶ J. Fontaine, 'Cohérence et originalité de l'étymologie isidorienne', *Homenaje a Eleuterio Elorduy con ocasión de su 80 aniversario* (Bilbao 1978) p. 113-44.

oppidum condidit. Sunt autem proximi gentibus Aethiopum. De quibus Vergilius (*Ecl.* 8, 44): *Extremi Garamantes. Extremi autem, quia saevi et a consortio humanitatis remoti.* (*Etim.* 9, 2, 125).

Apresurémonos a decir que un elevado porcentaje de ocasiones Isidoro no parece tomar la cita virgiliana directamente del mantuano, sino de su comentarista Servio, de quien, además, transcribe muchas veces textualmente el comentario. Así, Servio (*Ad Aen.* 4, 198) explica que *Garamas*, hijo de Apolo, era el héroe epónimo de los garamantes; y en *Ad Buc.* 8, 44 escribe: «Extremi Garamantes: populi Africae. 'Extremi' autem saevi, quasi a consortio humanitatis remoti (ut extremique hominum Morini Rhenusque bicornis», añade Daniel). Según Plinio (*N.H.* 5, 36; Cf. 37, 92) los garamantes estaban asentados al sur de Numidia, en el actual Fezzan.

Los britanos eran ejemplo de pueblo lejano: «Brittones quidam latine nominatos suspicantur, eo quod bruti sint, gens intra Oceanum interfuso mari quasi extra orbem posita. De quibus Vergilius (*Ecl.* 1, 66): *Toto divisos orbe Britannos*» (*Etim.* 9, 2, 102).

La cita virgiliana debía estar perfectamente grabada en el espíritu de Isidoro cuando en *Etim.* 14, 6, 2 escribe: «*Brittania Oceani insula interfuso mari toto orbe divisa, a vocabulo suae gentis cognominata.*»

Esta concepción de tierra alejada y apenas conocida, incluso después de las expediciones de César, es puesta de manifiesto en numerosos autores. Así, Servio (*Ad Buc.* 1, 66): «Penitus omnino. Divisos quia olim iuncta fuit orbi terrarum Britannia: est enim insula reposita in Oceano septentrionali, et a poetis alter orbis terrarum dicitur». Catulo escribe: «ultimos... Britannos» (11, 12; Cf. Horacio, *Carm.* 1, 35, 30) y «ultima Britannia» (29, 4). Horacio (*Carm.* 4, 14, 47-48) habla de «remotis... Britannis». La *Anthologia Latina* (426, 1) refiriéndose a *Britannia* dice: «vasto diiuncta... ponto». Nemesiano (*Cyn.* 225) la califica de «di-visa». En el siglo IV Hegesipo la describe como «extra orbem posita» (2, 9, 1, 102). Indudablemente se había convertido en un tópico mencionar a *Britannia* como tierra opuesta a otros pueblos también muy lejanos, por lo general

los escitas o los partos. Tal leemos en Propercio (2, 27, 5), Ovidio (*Am.* 2, 16, 39), Marcial (12, 8, 9), Floro (*Epit.* 3, 12, 4), Ambrosio (*Hex.* 4, 6, 25) o Claudiano (15, 19). La cita virgiliana aducida por Isidoro viene a corroborar algo generalmente conocido.

Los habitantes de Baleares eran famosos por su destreza en el manejo de la honda: «Baleares insulae Hispaniae duae sunt: Aphrosiades et Gymnasiade, maior et minor; unde et eas vulgus Maioricam et Minoricam nuncupant. In his primum insulis inventa est funda qua lapides emittuntur, unde et Baleares dictae; *ballein* enim graece mittere dicitur; unde et ballista, quasi missa, et fundibalum. Vergilius (*Georg.* 1, 309): *Balearis verbera fundae*» (*Etim.* 14, 6, 44).

Nuevamente, más que en Virgilio fijémonos en Servio: «*Balearis fundae Hispanicae, ab insulis Balearibus, ubi inventa est funda... Balearis fundae qui apud insulas Baleares fundarum usus inventus est. Et insulae Baleares primo Gymnesiae dictae: post vero cum a Graecis occupatae sunt, quia cum lapidibus fundas rotantes adversarios submoverent, insulas, quas incolebant, parà tou̅ ballein Baleares appellarunt*» (*Ad Georg.* 1, 309).

Escribe Estrabón (3, 5, 1): «De las islas próximas a Iberia, las dos *Pityusai* y las dos *Gymnesiae*, también llamadas *Baliarides*, se encuentran situadas frente a la costa que se extiende entre Tarraco y Sucron, en la cual se levanta Sagunto». Y he aquí el comentario de García y Bellido³⁷: «Según Strábon, el término *Gymnésiae* es igual que el de *Baliarides*, y afecta a Mallorca y a Menorca, que forman el grupo más occidental del archipiélago balear. Sin embargo, en un texto anónimo muy viejo, fechable hacia mediados del siglo VI a.C. por lo menos (contenido en el poema *Ora Maritima*, de Avienus), los gymnetes viven en la costa fronterera a Ibiza, en la región del cabo de la Nao; Ibiza es llamada así mismo *Gymnesia*, nombre que en dicho testimonio no afecta ni a Mallorca ni a Menorca, que además parecen ignoradas por el desconocido autor del texto. En cuanto al nombre de *Baliarides* o *Balearides* (así en el mismo

37 A. García y Bellido, *España y los españoles hace dos mil años. Según la Geografía de Strábon* (Madrid-Buenos Aires 1945) p. 295-96.

Strábon 14, 2, 10) aparece por primera vez en Polybios (mediados del siglo II a.C.). Parece ser que proviene del nombre indígena del pueblo que habitaba en ellas, los baleares o balearides. El laudable afán de explicarse las cosas llevó a los griegos a creer que el nombre de *Gymnésiai* procedía del griego *gymnós*, «desnudo»; pero ésta es una etimología arreglada; se trata de una adaptación al griego de un nombre indígena homofónico, pues no es concebible que los gymnetes (o *gymnétai*) se llamasen a sí mismos con un nombre extraño, alusivo además a una costumbre que, si para los helenos podía resultar llamativa, para ellos no; y menos considerando que el desnudismo era común a otros muchos pueblos bárbaros de las orillas del Mediterráneo. Lo mismo puede sospecharse del origen real del nombre *Balearides*. Según una interpretación pseudoerudita de un autor griego (Tímaios, en Diódoros), los indígenas de estas islas se llamaban a sí mismos *balearides*, del griego *bállein*, «arrojar», aludiendo a la destreza con que manejaban la honda. Sin embargo, esta etimología es tan inaceptable como la otra. Más cerca de la verdad estaremos al considerar en tal término una raíz propiamente vernácula, modificada o arreglada por los eruditos griegos para hacerla comprensible en su lengua y darle un sentido previamente buscado. De *bállein* no pudo derivarse *Baliarides*. Acaso el nombre de *balarotí*, dado a gentes ibéricas que se establecieron en Cerdeña (un antropónimo *Balearus* se conoce entre los vettones de Castilla la Nueva), explique mejor que la ingenua etimología griega el origen indígena de la raíz. Strábon, algo más informado, dice en otro lugar (14, 2, 10) que la designación de *Balearides* procede de los fenicios. En todo caso, como los mismos textos exponen (Tímaios-Diódoros), el apelativo de *Gymnésiai* aplicado a las islas es de uso griego, mientras los romanos y los indígenas las llamaban *Balearides*. Sin duda, de los indígenas pasó a los fenicios, y de éstos a los romanos». La cita puede parecer larga, pero no cabe duda que es substanciosa.

En cuanto a la fama de los honderos baleares son numerosas las fuentes que se hacen eco de la misma. Estrabón (3, 5, 1) cuenta que «en el combate... llevaban tres hondas ceñidas en torno a la cabeza: de junco negro, de cerdas

o de nervios; una larga, para los tiros largos; otra corta, para los tiros cortos; y otra mediana, para los disparos de alcance intermedio. Se adiestran desde niños en el manejo de la honda, no recibiendo el pan si antes no han atinado en él con el disparo. Por eso, Metelo, cuando se aproximó en su navegación a estas islas, ordenó tender pieles sobre la cubierta de los navíos para preservarse de los tiros de honda».

De los *funditores baleares* y de su destreza hablan César (B.G. 2, 71), Salustio (*Iug.* 105, 2), Tito Livio (21, 21, 12; 27, 2, 6; 28, 37, 6; 38, 29, 5), Lucano (1, 229; 3, 710), Silio Itálico (1, 314; 3, 365), Estacio (*Theb.* 10, 857), Claudiano (7, 50), Ennodio (*Opusc.* 3, 110), Vegetio (*Mil.* 1, 16), etc.

Señalemos finalmente que la etimología a partir de *bállein* no era la única. Así, Livio (*perioch.* 60. Cf. Diódoro. 5, 17, 1) escribe: «Baleares... quos Graeci Gymnesios appellant, quia aestatem nudi exigunt. Baleares a teli missu appellati, vel a Balio Herculis comite ibi relicto».

A los sabeos se los relacionaba con el incienso y la mirra: «Saba (filius Chus), a quo progeniti et appellati Sabaei, de quibus Vergilius (*Georg.* 2, 117): *Solis est thurea virga Sabaeis. Hi sunt et Arabes*» (*Etim.* 9, 2, 14).

La idea está muy arraigada en Isidoro, quien vuelve a exponerla en dos ocasiones más: «Tus autem a tundendo dictum. Hoc et libanum vocatum a monte Arabiae ubi Sabaei sunt. Nam mons eorum Libanos dicitur, ubi tura colligitur» (*Etim.* 17, 8, 3) y «Sabaei dicti apò tou sébesthai quod est supplicari et venerari, quia divinitatem per ipsorum tura veneramus. Ipsi sunt et arabes, quia in montibus Arabiae sunt, qui vocantur Libanus et Antilibanus, ubi tura colliguntur» (*Etim.* 9, 2, 49).

Saba (o Sabae) es descrita en Plinio (*N.H.* 12, 52) y en Avieno (*Descr.* 13, 46) como una célebre ciudad de la Arabia feliz, que en Plinio (*N.H.* 6, 154) y en Virgilio (*Georg.* 1, 58-57) es famosa por la producción de incienso. No es por ello extraño que el término *sabaeus*, además de su significado propio, «de Saba», que aparece en Virgilio (*Aen.* 1, 416), tenga también el de «de incienso» (Columela 10, 262; y Estacio, *Silv.* 4, 8, 1), e incluso el de «de mirra» (Valerio Flaco 6, 709). Leemos en Servio (*Ad Georg.* 2, 115): «Eoasque do-

mos Arabum: Arabia, Panchaia, Sabaeorum gens eadem est, apud quam tus nascitur, ut (*Georg.* 117) *solis est turea virga Sabaeis*, item (*Georg.* 139) *totaque turiferis Panchaia pinguis harenis*; Plautus, *Arabico ture*».

Los tracios eran considerados como prototipos de crueldad y salvajismo. Los detalles que Isidoro recoge eran tópicos en la antigüedad: «Thraces ex filio Iaphet, qui vocatus est Thiras, et orti et cognominati... perhibentur; licet gentiles eos ex moribus ita dictos existimant, quod sint truces. Saevissimi enim omnium gentium fuerunt, unde et multa de eis fabulosa memorantur: quod captivos diis suis litarent, et humanum sanguinem in ossibus capitum potare soliti essent. De quibus Vergilius (*Aen.* 3, 44): *Heu fuge crudeles terras, fuge litus avarum*; quasi crudelium et avarorum» (*Etim.* 9, 2, 82).

De nuevo, más que en Virgilio, hay que pensar en Servio (*Ad Aen.* 3, 44) como fuente directa de san Isidoro: «crudeles terras, id est crudelium et avarorum». La idea vuelve a repetirla Isidoro dos veces más: «Thraciae Thiras Iaphet filius veniens nomen dedisse perhibetur; alii a saevitia incolarum Thraciam appellatam dixerunt», (*Etim.* 14, 4, 6): «Thiras, ex quo Thraces; quorum non satis inmutatum vocabulum est, quasi Tiraces» (*Etim.* 9, 2, 31).

La isla de Paros era famosa por su resplandeciente mármol: «Historia dicit et Iasi(ione) natum fuisse Philomelum et Plutum, ex Philomelo Pareantum genitum, qui de suo nomine Paron insulam et oppidum appellavit: prius autem Minoia, deinde Paros dicta. De qua Vergilius (*Aen.* 3, 126): *Niveamque Paron*. Gignit enim marmor candidissimum, quod Parium dicunt. Mittit et sardam lapidem marmoribus quidem praestantiorum, et inter gemmas vilissimum» (*Etim.* 14, 6, 29).

Compárese lo que dice Isidoro con estos comentarios de Servio: «Niveamque Paron, unde candidum marmor» (*Ad Aen.* 3, 126); y «Pariusque lapis candidissimus est, lygdinus nomine, qui apud Parum nascitur» (*Ad Aen.* 1, 593), cita esta última transcrita casi literalmente por Isidoro: «Parius candoris eximii, lygdinus cognomento: hic apud Paron insulam nascitur, unde et Parius nuncupatus» (*Etim.* 16, 5, 8).

La fama del mármol de Paros está atestiguada en nu-

merosos autores clásicos: Virgilio (*Aen.* 1, 593; *Georg.* 3, 34), Plinio (*N.H.* 4, 67), Horacio (*Carm.* 1, 19, 6), Ovidio (*Met.* 3, 419; *Pont.* 4, 8, 34), Séneca (*Phaedra* 797), Petronio (126, 17), etc., etc.

Tapso era una isla (¿o mejor península?) siciliana (que no hay que confundir con otra Tapso, ciudad de Africa, en Bizacena³⁸, en cuyas inmediaciones derrotó César a los últimos efectivos pompeyanos el año 46 a.C.). «Tapsus insula stadiis decem a Sicilia remota iacens et planior, unde et nuncupata. De qua Vergilius (*Aen.* 3, 689): *Thapsumque iacentem*» (*Etim.* 14, 6, 35). Compárese con Servio (*Ad Aen.* 3, 689): «Thapsus, insula non longe a Syracusa, plana, paene fluctibus par». (Cf. los numerosos datos recogidos por H. Treidler en *RE V A2*. p. 1281-87).

Era un verdadero tópico considerar la selva Hircana —en la región del Ponto— como especialmente bárbara, y cubierta de extensas selvas plagadas de peligrosas fieras salvajes, (Cf. Séneca, *Phaedra* 70; Solino 17, 4; Lactancio, *Inst.* 5, 11, 4; Mela 3, 38), sobre todo tigres (Cf. Mela 3, 43: *silvae alia quoque dira animalia verum et tigres ferunt utique Hyrcaniae, saevum ferarum genus*; Petronio 134, 12: «Hyrcanae ... tigres»; Plinio, *N.H.* 8, 66; Lucano 1, 327-28; Silio Itálico 4, 331; 5, 280-81; Marcial 8, 26, 1-3; *Epigr.* 18, 2; Estacio, *Theb.* 9, 15-16; 12, 176 —en 5, 204 y 8, 572 habla también de los leones hircanios—; Amiano Marcelino 23, 6, 50-52; Solino 17, 4; Claudiano, *In Rufin.* 1, 227; Draconcio, *De laud. Dei* 1, 310-11; *Romul.* 8, 577; Sidonio, *Carm.* 5, 530-531, etc.).

Dentro de esta tradición leemos: «Hyrcania dicta a silva Hyrcana, quae Scythiae suiacent, habens ab oriente mare Caspium, a meridie Armeniam, a septentrione Albaniam, ab occasu Iberiam. Est autem silvis aspera, copiosa inmanibus feris, tigribus pantherisque et pardis. De qua Vergilius (*Aen.* 4, 367): *Hyrcanaeque admorunt ubere tigres*». (*Etim.* 14, 3, 33). Y de nuevo: «Hircani dicti a silva Hircania, ubi sunt plurimae tigres» (*Etim.* 9, 2, 42).

Escribe Servio (*Ad Aen.* 4, 367): «Hyrcanaeque tigres Arabicae: nam Hyrcania silva est Arabiae». Esta fama per-

³⁸ Cf. Livio 33, 48; Plinio, *N.H.* 5, 25; *Bell. Afr.* 28, 1; 44, 1; Ovidio, *Fast.* 4, 380.

vive aún en Shakespeare, quien en *Hamlet*. 2, 2, 472; *Macbeth*. 3, 4, 101; y 3 *Henry VI*. 1, 4, 153 habla de los tigres de Hircania.

La mención isidoriana de los masulos refleja el confuisionismo problemático que encontramos en otras fuentes clásicas: «Massylia civitas Africae est, non longe ab Atlante et hortis Hesperidum; a que civitate Massyli vocati sunt, quos nos corrupte Massulos vocamus, de quibus Vergilius (*Aen.* 4, 483): *Hic mihi Massylae gentis monstrata sacerdos*» (*Etim.* 9, 2, 123). Escribe Servio (*Ad Aen.* 4, 483): «Hinc mihi Masylae gentis monstrata sacerdos: 'monstrata' praedicta quae est oriundo Massyla, aliquando horti Hesperidum sacerdos, nunc venit de locis quae sunt circa Atlantem: nam aliter procedit: Massylia enim mediterranea est, Benenice civitas Libyae, unde haud longe horti sunt Hesperidum». En otro lugar Virgilio (*Aen.* 6, 59-60) la menciona como una región apartada, al parecer famosa por sus caballos, de lo que también se hacen eco Marcial (9, 22, 12) y Lucano (4, 682).

Parece evidente y fuera de toda duda que se trata de una tribu libia asentada en la costa noroeste africana (así, Servio, *Ad Aen.* 4, 132: «Massylorum gens est non longe a Mauretania»), pero, como testimonia el mismo Isidoro, su nombre ha sufrido alteraciones, haciendo que frecuentemente se los confunda con los *Masaesyli*, como constata Esteban de Bizancio (s.v. *Massylyoi*) citando a Polibio (19, 1). Que son numerosas las variantes de su nombre es puesto en evidencia por Plinio (*N.H.* 5, 30) y Vibio Sequester (p. 158 R. Cf. Müller, *GGM.* 2, 112). A partir de Silio Itálico (4, 512; 16, 184) el término *massyli* es usado para designar poéticamente la Numidia o el norte de Africa³⁹. Consúltense además Avieno (3, 281), Prisciano (*Carm.* 2, 177), *Poet. Lat. Min.* 5, 281; Lact. Plac. in *Stat. Theb.* (8, 124).

Una particularidad del armamento de africanos y moros: «(S)cetra scutum loreum sine ligno, quo utuntur Afri et Mauri. De quo poeta (Virgilio. *Aen.* 7, 732): *laevas cetra tegit*». (*Etim.* 18, 12, 5). De todas formas, la *caetra* (grafía adoptada por la mayoría de los autores, aunque también encontramos escrito *cetra*) es mencionada como escudo pro-

39 Cf. Schwabe, s.v. *Massyli* RE 14, 2, 2166.

pio de pueblos muy diversos. La fuente isidoriana —salvo en el último detalle— parece ser Servio (*Ad Aen.* 7, 732): «laevas caetra tegit. Caetra est scutum loreum, quo utuntur Afri et Hispani». Servio, pues, la hace propia de los africanos (en lo que coincide con el hispalense) y de los españoles; con los españoles la relacionan Livio (21, 27, 5), Curtio (3, 2, 5) y Lucano (7, 232); con los africanos, Silio Itálico (3, 278; 3, 348; 10, 230; 16, 30); y una sola vez, en Tácito (*Agr.* 36), se la vincula a los britanos. Las glosas (Cf. 5, 275, 51; 349, 42; 514, 64; 639, 69) la describen como «scutum sine ligno de solo corio», o «genus scuti Marsici (Mauri, corrige Nettleship) vel scutum sine ligno»; pero cabe preguntarnos si no están inspiradas precisamente en Isidoro. Cf. igualmente Livio (28, 5, 11), Nonio (p. 555, 5) y *Schol. Iuvenal.* (11, 140).

Una característica guerrera de los teutones: «Clava est qualis fuit Hercules, dicta quod sit clavis ferreis invicem religata; et est cubito semis facta in longitudine. Haec et cateia, quam Horatius caiam dicit. Est enim genus Gallici teli ex materia quam maxime lenta, quae iacta quidem non longe propter gravitatem evolat, sed quod pervenit, vi nimia perfringit; quod si ab artifice mittatur, rursus redit ad eum qui misit. Huic meminit Vergilius dicens (*Aen.* 7, 741): *teutonico ritu soliti torquere cateias*. Unde et eos Hispani et Galli tautanos vocant» (*Etim.* 18, 7, 7).

Igual que en el apartado anterior la *caetra* era atribuida a diferentes pueblos por distintos autores, así también la *cateia* es asignada como arma propia a pueblos diversos. El primero en mencionar este arma es Virgilio (*Aen.* 7, 741), quien la pone en manos de los habitantes de Campania, pero dejando sentado que se trata de un arma de origen teutónico. En su comentario a este pasaje virgiliano Servio escribe: «Cateias, tela gallica: unde et teutonicum ritum dixit. Cateiam quidam asserunt teli genus esse tale, quale aclydes sunt, ex materia quam maxime lenta, cubitus longitudine, tota fere clavis ferreis illigata, quas in hostes iaculantes lineis, quibus eas adnexuerant, reciprocas faciebant». En parecido sentido, la glosa 5, 214, 26: «cateias gallica lingua dicimus lanceas, unde et Vergilius (*Aen.* 7, 741)». También Consentio (*Gramm.* 5, 386, 23) la menciona

como arma gala, citándola como ejemplo de barbarismo lingüístico: «ut cum dicimus cateias utique hastas gallo-rum». (Cf. Donato, *Gramm.* 4, 392, 7). Sin embargo, Daniel, inmediatamente detrás del comentario de Servio, añade: «cateia lingua Theotisca hastae dicuntur». Por su parte, Pomponio (*Gramm.* 5, 284, 23) la menciona como persa: «cateia telum dicimus lingua persarum». Valerio Flaco (6, 83) la relaciona con los escitas: «(Scytharum) puer e primo torquens temone cateias». Y Silio Itálico (3, 277), con los africanos: «(Afris) panda manus est armata cateia». Aulo Gelio (10, 25) se limita a incluirla entre las armas arrojadas (*tela* o *iacula*). Véase su descripción en Daremberg-Saglio⁴⁰.

Digamos, además, que la forma *caia* que Isidoro señala como empleada por Horacio no aparece como tal en este autor. Resaltemos, así mismo, que la grafía *tautanos* es muy discutible y problemática. Algunos leen *teutones*; otros, *teutonas*, a imitación del griego; otros, *teutonos*, derivado de *teotonus*, -i. *Tautanos* es la forma que ofrecen los codd. BDFNT; el cod. K escribe *tautonos*, y el C *teutanos*. Por otro lado *tautones* no hemos podido encontrarlo empleado en ninguno de los muchos autores que hemos consultado. De los teutones hablan César (*B.G.* 1, 33; 7, 77, 12), Cicerón (*Pomp.* 60), Suetonio (*Caes.* 11), Propercio (3, 3, 44), Lucano (1, 256), Veleyo Patérculo (2, 120; 1; 2, 12, 4), Eutropio (5, 1), Valerio Máximo (6, 1), etc.

La tradición atribuía a los etruscos la invención de la *tuba*. Y no una, sino dos veces, lo vemos reflejado en san Isidoro: «Tuba primum a Tyrrehenis inventa, de quibus Vergilius (*Aen.* 8, 526): *Tyrrhenusque tubae mugire per aethera clangor*» (*Etim.* 3, 21, 3). Ampliando la noticia, pero tomando una vez más como base la misma cita virgiliana, escribe: «Tubam Tyrreni primi invenerunt; unde (et) Vergilius (*Aen.* 8, 526): *Tyrrhenusque tubae mugire per aethera clangor*. Hanc enim a Tyrrenis praedonibus excogitatum, cum dispersi circa maritimas oras non facile ad quamque praedae occasionem voce aut bucina convocantur, vento plerumque obstrepente» (*Etim.* 18, 4, 2).

⁴⁰ Cf. Daremberg-Saglio, *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, s.v. *cateia*.

Compárese con el comentario serviano (*Ad Aen.* 8, 526): «*Tyrrhenum clangorem dixit tubae ideo, quia apud Tuscos tubam constat inventam*». (Idéntica idea en Luntacio Plácido, en su comentario a Estacio, *Theb.* 6, 404). Comentando el *Tyrrhenus clangor*, escribe Montenegro Duque: «La invención de la trompeta de guerra constituye otro de los rasgos de la belicosidad que la tradición atribuye a los etruscos. Los autores clásicos muestran frecuente conformidad en atribuir el origen de la trompeta a los *Tyrrheni* de Lidia. Cf. *Schol. Iliada.* Σ 219; Eurípides, *Fen.* 1387, de donde los etruscos la trajeron a Etruria, Müller-Deecke, *Die Etrusker* II, p. 210, Cf. Maux en RE. s.v. *salpinx*, confirmando en ello la opinión de Virgilio, de que los etruscos fueron, al menos dentro de Italia, los primeros en usarla». Y continúa diciendo: «Perret (*Les origines de la légende troyenne de Rome*, París 1942, p. 114) dice que la atribución de la trompeta a los etruscos es consecuencia de la tradición del origen lidio de los etruscos, porque primeramente era a la gente lidia a la que se atribuía este carácter e invención. Incluso si se refiere esta cualidad a los etruscos es teniendo en cuenta su origen «maeonio» según el dato de Silio Itálico 5, 10. Esto es más o menos lo que había sostenido y demostrado ya Müller-Deecke»⁴¹.

Pero hay más detalles que parecen confirmar esta atribución: «Otra trompeta similar a la *tuba*, pero curvada en su final, llamada *lituus* por su identidad con el bastón, era considerada igualmente como de procedencia etrusca según Cicerón *De div.* 1, 17, de donde el dato virgiliano no deja la menor duda sobre su confirmación en el general asentimiento de la tradición. Lo que resulta bastante discutible es el aserto anterior de Perret, puesto que la más general tradición era atribuir el invento, no a los lidios, sino precisamente a *Tyrrhenos*, el héroe legendario que conduce a los etruscos desde Lidia, prefiriendo opinar muchos autores clásicos que el invento lo realizó una vez asentado con los emigrantes en Etruria. No obstante, la tradición griega prefiere apropiarse este invento y lo localiza en Lidia. Lo que resulta indudable es que los romanos conocen el uso

41 A. Montenegro Duque, *La onomástica de Virgilio y la antigüedad preitálica* (Salamanca 1949) p. 288.

de estos instrumentos a través de los etruscos, según era común ya de la tradición antigua (Cf. Estrabón 5, 220) llegando a precisar la ciudad de origen ya en Pisa, Vetulonia o Túsculo. Cf. Plinio. *N.H.* 7, 56; Silio Itálico, 8, 488; Estacio, *Theb.* 4, 224». Cf. acerca de todas estas versiones y tradiciones una amplia información en Daremberg-Saglio, *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines*. s.v. *tuba*.

El Pactolo, río de Lidia, era famoso por llevar en sus arenas pepitas de oro. «Pactolus fluuius Asiae, harenas aureas trahens; de quo Vergilius (*Aen.* 10, 142): *Pactolusque inrigat auro*. Quem pro aurato fluore aliter Chrysorrhoeam vocant» (*Etim.* 13, 21, 21).

Compárese con lo que dicen Plinio (*N.H.* 5, 110: «Pactolo eodemque Chrysorroa»), Solino (40, 10: «amnis Pactolus, quem aurato fluore incitum aliter Chrysorroam vocant») e Higinio (*Fab.* 191, 5: «quod flumen nunc Chrysorroas appellatur in Lydia»), al tiempo que atribuye su riqueza aurífera al hecho de haberse lavado en sus aguas el rey Midas por indicación de Líber, leyenda que así mismo se recoge en Servio-Daniel, 10, 142)⁴².

No obstante era en la antigüedad un nombre frecuente de río. Así, constatamos la existencia de ríos denominados Chrysorrhoeas en Siria⁴³, en Bitinia⁴⁴, en la costa oriental del Ponto⁴⁵, cerca del Tigris⁴⁶, en la India⁴⁷; y es también con este nombre conocido el Licorma⁴⁸.

«Acupicta vestis acu textilis vel acu ornata. Eadem et Phrygia huius enim artis periti Phrygii omnes dicuntur, sive quia in Phrygia inventa est: unde et artifices qui id faciunt, Phrygiones dicuntur. Vergilius (*Aen.* 3, 484): *Phrygiam chlamydem*» (*Etim.* 19, 22, 22). El pasaje isidoriano está estrechamente relacionado con el comentario que Servio hace al verso de Virgilio: «Phrygiam chlamydem aut acu pictam: huius enim artis peritos Phrygiones dicimus se-

42 Cf. Bürchner, RE 3, 2519.

43 Cf. Plinio, *N.H.* 5, 74; Julio Honorio, *Cosmogr.* B. 11. Cf. Benzinger, RE 3, 2519.

44 Cf. Plinio, *N.H.* 5, 148. Cf. Ruge RE 3, 2520.

45 Cf. Plinio, *N.H.* 6, 14. Cf. Tomaschek, RE 3, 2519.

46 Cf. Julio Honorio, *Cosmogr.* B. 10. Cf. Tomaschek, RE 3, 2519.

47 Cf. Orosio, *Hist.* 1, 2, 46. Cf. Tomaschek, RE 3, 2519.

48 Cf. Higinio, *Fab.* 242: «Euenus Herculis filius in flumen Lycormam se praecipitavit, quod nunc Chrysorroas appellatur». Cf. Bürchner, RE 3, 2519.

cundum Plautum; in Phrygia enim inventa est haec ars; aut ob hoc addidit *Phrygiam*, quasi per quam patriae memoria retineretur». Es cierto que en Plauto (*Aul.* 508; *Men.* 426) se aplica este calificativo de *phrygiones* a quienes recaman en oro, y con el mismo sentido dice Nonio (3, 25) que lo emplea Varrón. Pero, según Ussing⁴⁹, «quod nomen quum ex Phrygia antiqui ductum putarent—in quo sine dubio errarunt— hanc artem ibi inventam censebant, v. Plinius, *N.H.* 8, 196: *acu facere id Phryges invenerunt*, ideoque phrygioniae appellatae sunt».

B) Si todas las citas que hemos agrupado en el apartado A venían a apoyar alguna característica geográfica o etnográfica, las que vamos a incluir en el apartado B se aducen preferentemente para corroborar o explicar una etimología.

Refiriéndose a la isla de Córcega escribe: «Haec autem insula graece *Kyrne* dicitur, a Cyrno Herculis filio habitata. De qua Vergilius (*Ecl.* 9, 30): *Cyrnea taxos*» (*Etim.* 14, 6, 42).

En realidad lo que el verso virgiliano dice es: «...sic tua *Cyrneas* fugiant examina taxos». *Cyrne*, *Cyrnus* o *Cyrnos* era el nombre griego de Córcega. Así, Plinio (*N.H.* 3, 80): «Corsica, quam Graeci *Cyrnon* appellavere». (Casi con las mismas palabras se expresa Marciano Capela, 6, 644). Y en la *Antología Latina* (236, 2): «Corsica, quae Graio nomine *Cyrnos* eras». Pero seguramente la explicación más completa de lo que dice Isidoro la encontremos en Servio (*Ad Ecl.* 9, 30): «taxus venenata arbor est quae abundat in Corsica: haec autem insula Graece *Cyrnos* dicitur (auct. add.: a Cyrno Herculis filio), unde fecit hanc derivationem *Cyrneas taxos*, quibus postea apes mel amarissimum faciunt». (Cf. *Gloss.* 5, 179, 3). El propio Isidoro dice: «taxus venenata arbor...» (*Etim.* 17, 7, 40).

Era tradicional la interpretación del nombre de los Alpes como «montes altos». «Alpes autem proprie montes Galliae sunt. De quibus Vergilius (*Georg.* 3, 474): *Aerias Alpes*; et dicendo aerias verbum expressit a verbo. Nam gallorum lingua 'alpes' montes alti vocantur. Haec sunt enim quae Italiae murorum exhibent vicem» (*Etim.* 14, 8, 18).

⁴⁹ J. L. Ussing, *Commentarius in Plauti comoedias* (Hildesheim-New York 1972). (Reproducción de la ed. de Copenhague 1875-1892) p. 275.

Nuevamente más que en el propio Virgilio hay que pensar en Servio como fuente directa del hispalense. Compárense las palabras de san Isidoro con los siguientes pasajes servianos: «De Alpibus quae Gallorum lingua alti montes vocantur» (*Ad Aen.* 4, 442): «omnes altitudines montium licet a Gallis Alpes vocentur, proprie tamen iuga montium Gallicorum sunt» (*Ad Georg.* 3, 474): (En el mismo sentido se expresa el comentarista de Lucano 1, 183): «...a munimentis Alpium; hae enim Italiae murorum exhibent vicem» (*Ad Aen.* 6, 830) y «secundum Catonem et Livium muri vice tuebantur Italiam» (*Ad Aen.* 10, 13).

Una etimología ideológicamente no muy distinta es la que ofrecen Festo-Paulo (p. 4 M): «album ... Sabini ... alpium dixerunt. Unde credi potest nomen Alpium a candore nivium vocitatum», y de lo que se hace eco la glosa: «Alpes: nives lingua Gallica».

La *peloris*, almeja u ostra de gran tamaño, deriva su nombre, según san Isidoro, del que ostenta el cabo Peloro (actual Capo di Faro, o Cabo de Messina). Téngase en cuenta que el término griego *péloron* significa «de gran tamaño». Dice Isidoro: «Pelorides a Peloro promontorio Siciliae, ubi abundant, cognominatae sunt (*Aen.* 3, 687): *Ecce autem Boreas angusta ab sede Pelori*» (*Etim.* 12, 6, 54). En cuanto al nombre del Peloro lo explica así en otro pasaje: «Pelorum promuntorium Siciliae respiciens Aquilonem, secundum Sallustium (*Hist.* 4, 39) dictum a gubernatore Hannibalis illic sepulto» (*Etim.* 14, 7, 4); Cf. (*Etim.* 12, 6, 57). El nombre del cabo es *Pelorus*, en Silio Itálico (14, 78); *Peloros*, en Ovidio (*Met.* 13, 727); *Pelorum*, en Plinio (*N.H.* 3, 87).

No creemos que haya lugar a dudas respecto a la fuente de donde tomó Isidoro sus datos si comparamos sus palabras con el comentario de Servio (*Ad Aen.* 3, 411): «Pelori promuntorium Siciliae est secundum Sallustium, dictum a gubernatore Hannibalis illic sepulto, qui fuerat occisus per regis ignorantiam, cum se eius dolo propter angustias freti crederet esse deceptum, veniens de Petilia: quamquam legerimus, etiam ante Pelorum dictum». Sobre el mismo tema tratan, además, Pomponio Mela (2, 7, 15), Valerio Máximo (9, 8, 1), Estrabón (1, 12, 21 y 3, 232, 24 Mein) y Plácido, *Ad Stat. Theb.* 3, 597).

En cuanto al molusco denominado *peloris*, Cf. Horacio (*Sat.* 2, 4, 32), Celso (2, 29), Plinio (*N.H.* 32, 99), etc.

«Galli a candore corporis nuncupati sunt. *Gála* enim Graece lac dicitur. Unde et Sibylla sic eos appellat, cum ait de his (*Aen.* 8, 660): *tunc lactea colla / auro innectuntur*» (*Etim.* 9, 2, 104).

Si bien Tito Livio (38, 21, 9) hablando de los galos se había hecho eco de la blancura de sus cuerpos («candor corporum ... sanguine atro maculabatur...») no creemos que sea él, sino san Jerónimo, la fuente directa de quien Isidoro toma sus datos. La noticia de Jerónimo nos ha llegado, sin embargo, a través de Lactancio (*Librorum perditorum fragmenta. Ex epistulis ad Probum*) quien cita el siguiente pasaje jeronimiano de los comentarios a la *Epistola ad Galatas* (lib. 2, praef. = 7, 425 Vall): «Lactantii nostri quae in tertio *Ad Probum* volumine de hac gente (i.e. Galatae) opinatus sit verba ponemus: Galli, inquit, antiquitus a candore corporis Galatae nuncupabantur et Sibylla sic eos apellat. Quod significare voluit poeta cum ait: *tum lactea colla auro innectuntur*, cum posset dicere *candida*. Hinc utique Galatia provincia, in quam Galli aliquando venientes cum Graecis se miscuerunt. Unde primum ea regio Gallograecia, post Galatia nominata est».

Esta misma es la fuente utilizada por san Isidoro para *Etim.* 9, 2, 68, en donde leemos: «Galatae... Graecis admixti primum Gallograeci, nunc ex antiquo Gallorum nomine Galatae nuncupatur». Por lo que respecta a la fuente del propio Lactancio, Cf. «Ueber die Entstehungsverhältnisse der Prosaschriften des Lactantius, p. 125 ss.

Ningún valor tiene la etimología que emparenta el nombre de los Apeninos con los cartagineses, pero pone de manifiesto la vigencia de una tradición antigua: «Appenninus mons appellatus quasi Alpes Poeninae⁵⁰, quia Hannibal veniens ad Italiam easdem Alpes aperuit. Unde et Vergilius (*Aen.* 10, 13): *Alpes inmittit apertas*; has enim Hannibal post bella Hispaniae aceto rupit; Iuvenalis (10, 53): *et montem rupit aceto*. Et inde loca ipsa, quae rupit, Appenninae Alpes vocantur» (*Etim.* 14, 8, 13).

⁵⁰ El cod. K escribe *Appinninae*. Servio (*Ad Aen.* 10, 13), *Poeninae*.

De la apertura de los Alpes por Aníbal se hacen eco numerosos autores antiguos. Así, Servio (*Ad Aen.* 10, 13: «...quas Hannibal patefecit non sibi tantum sed omnibus gentis»), Valerio Máximo (3, 7), Eutropio (3, 8, 2). Pero esa apertura se narraba como una hazaña prodigiosa lograda a base de vinagre. Leemos en un escolio a Juvenal (10, 153): «...nam dicitur primus Hannibal per Alpes viam fecisse, dum saxa montium ingenti igni primum exureret; deinde acetum acrum suprafundebat et sic cecidit et viam fecit». Otro escolio a Lucano (4, 658) remacha la noticia: «...deductisque viam scopulis sibi fecit aceto»⁵¹.

Livio (21, 37. Cf. Plinio. *N.H.* 36, 2), lo mismo que el escoliasta, narra que Aníbal se abrió camino a través de los Alpes deshaciendo las rocas mediante grandes hogueras y la aspersión de vinagre sobre los roquedos calientes. Plinio (*N.H.* 23, 57) menciona el empleo del vinagre como un recurso corriente en las minas de España, donde Aníbal seguramente pudo observarlo; y explica que el vinagre «saxa rumpit... infisum quae non ruperit ignis antecedens». Pero si bien es cierto que el vinagre puede disolver las rocas calcáreas, lo que no resulta tan evidente es que el calor pueda añadir mayores efectos. Por otra parte, se ha dicho que Aníbal disponía de abundancia de vinagre, ya que éste, mezclado con agua, era bebida corriente entre los soldados, así como entre la gente pobre, según se desprende de Juvenal (3, 282-93).

Polibio (3, 47, 6-48) es el único que parece salir al paso de la creencia legendaria que consideraba el paso de los Alpes como algo prodigioso. No menciona para nada el vinagre, y fundamenta sus conclusiones en que las ha sabido «por boca de los mismos contemporáneos, hemos examinado con nuestros propios ojos aquellos lugares, y hemos viajado en persona por los Alpes para tener de ellos un conocimiento directo».

Ahora bien, el hecho de considerarse los Alpes (Apeninos) como una auténtica barera defensiva de Italia, que nunca se vio tan en peligro como en tiempos de Aníbal,

51 Cf. *Schol. Lucani* 4, 658 apud Weber praef. p. XLI. *Comment. Einsiedl. in Donat. Art. minor*, GLK 217, 20; *Gloss. Cod. Bern.* fol. 16^a marg.

lleva a G. Brizzi⁵² a pensar que «la ingenua apelación a *Poenus* para explicar el origen del nombre, podría no ser motivo puramente pseudo-erudito, sino el indicio de un recuerdo remoto, el recuerdo del Apenino como baluarte defensivo natural del pueblo romano».

También tradicional era la etimología del dictamo, cuyo nombre se hacía derivar de *Dicta mons*, el monte Dicte, de Creta (Cf. Plinio. *N.H.* 24, 164; Virgilio. *Aen.* 3, 171): «*Dicta mons Cretae, ex quo dictamnum herba nomen accepit, propter quam Vergilium (Aen. 4, 73) cerva vulnerata saltus peragrat Dictaeos. Tanta enim potentia est ut ferrum a corpore expellat, sagittas excutiat; unde et eius pabulo ferae percussae sagittas a corpore inhaerentes eiciunt. Hanc quidam latinorum puleium Martis dicunt, propter belli tela excutienda*» (*Etim.* 17, 9, 29). En *Etim.* 14, 6, 16 se lee: «*dictamnos herba in Creta nascitur*».

Compárese con el comentario de Servio (*Ad Aen.* 4, 73): «*Dictaeos Cretenses. Cervae vulneratae dictamnum quaerunt, qua gustata fere vulneribus tela depellunt ut in duodecimo legimus... (Aen. 12, 414)*». En *Ad Aen.* 3, 171: «*Dictaeus mons est in Creta, ubi herba dictamnos nascitur*». El escolio de Daniel (*Ad Aen.* 12, 412-13) nos completa el cuadro: «*haec herba licet ubique nascatur, melior in Creta est, quae Dicta dicitur, unde proprium herbae nomen. Haec admota vulnere, in quo ferrum est extrahit, ferrum in tantum ut animalia apud Cretam, cum fuerint vulnerata, ad hanc herbam currant eaque depasta tela corpore dicantur excutere*».

De las propiedades curativas del dictamo y de la atribución de su descubrimiento a los ciervos vuelve a hablarse en *Etim.* 12, 1, 18: «*Dictamnum herbam ipsi (i.e. cervi) prodiderunt; nam eo pasti excutiunt acceptas sagittas*», pasaje que debemos poner en relación con Plinio (*N.H.* 8, 97): «*dictamnum herbam extrahendis sagittis cervi monstraverit*». En otros lugares Plinio (*N.H.* 25, 92; 26, 142) habla de la ingestión del dictamo en forma de brebaje: «*dictamnum pota sagittas pellit, et alia tela extrahit illita*». Estas creencias debían de estar muy extendidas desde lejanos tiempos

52 G. Brizzi, 'Appennino e Termopili', *Littérature gréco-romaine et géographie historique* (Paris 1974) p. 324.

y mantienen su vigor a lo largo de la historia. Cicerón (*Nat. deor.* 2, 126. Cf. Virgilio. *Aen.* 12, 412) escribía: «capras... in Creta feras cum essent confixae venenatis sagittis herbam quaerere, quae dictamnus vocaretur». Y sus ecos resuenan en Paciano (*Paraenesis.* 11: *Patr. Lat.* 13, 1088): «caprae ferae, ut dicunt, remedia sua noverunt; confixas quippe, audio, venenatis sagittis⁵³ saltus peragraré Dictaeos, quoad dictami caule detonso, salutarium virulento latice succorum».

Para no alargarnos más, cf. los diferentes pasajes recogidos en torno a esta creencia por Schmidt⁵⁴, a los que añadiríamos Plinio (*N.H.* 8, 97), Plutarco (*Brut. Anim.* 9; *Terrest. Anim.* 20), Tertuliano (*De paenit.* 12), Ambrosio (*Hexaem.* 3, 40; 6, 26), Pifanio (*Panaria.* 2, 1; *Haer.* 51)⁵⁵.

C) Las citas que vamos a agrupar en el siguiente apartado C entrañan todas ellas serios problemas.

«Araris fluuius orientis. De quo tamen Vergilius (*Ecl.* 1, 63): *Aut Ararim Parthus bibet. Currit enim per Parthiam et Assyriam*» (*Etim.* 13, 21, 13). Es claro que Isidoro interpreta textualmente el verso virgiliano sacándolo del contexto en que se inscribe. En efecto, el pasaje virgiliano dice: «Antes pastarán los ligeros ciervos en el aire, y los mares abandonarán en el litoral los desnudos peces; el parto beberá en el Arar, y la Germania en el Tigris, después de haber recorrido como prófugos cada uno el país del otro, antes de que su rostro se borre de mi corazón»⁵⁶. El Arar es el Saona, río francés afluente del Ródano, y frecuentemente mencionado por los autores clásicos (Cf. César, *B.G.* 1, 12; Plinio, *N.H.* 3, 33; Tibulo 1, 7, 11; Séneca, *Apoc.* 7; Lucano 1, 433; 6, 475, etc.). El imperio parto de los Arsácidas, que se extendía sobre Mesopotamia e Irán, fue durante mucho tiempo una continua amenaza para Roma, y por

53 ¿Confusión entre *iós* «dardo» e *iós* «veneno», en opinión de Thompson en su comentario a Aristóteles, *H.A.* 8, 26 n. 4?

54 Schmidt, *RE* 5, 582-83.

55 Cf. *Etymol. Magn.* s.v. *ἀρθός*. J. Sargeant, *The trees, shrubs and plants of Virgil* (Oxford 1920). Pease, en su comentario a Cicerón. *De div.* 2, 135. Fowler, *Death of Turnus*, (1927) p. 81-82. Existe incluso un poema griego que tiene por tema esta planta: Cf. Fabricius, *Bibl. Gr.* 3 (1716) p. 643-44.

56 Cf. J. Aymard, 'Aut Ararim Parthus bibet aut Germania Tigrim (Buc. 1, 62)', *Latomus*, 14 (1955) p. 120-22.

ello es a menudo citado por los poetas. Pues bien, tan lejano pueblo difícilmente podría beber en el Arar, como difícil era igualmente que los germanos (*Germania*, escribe Virgilio personificando la nación) aplacasen su sed en el Tigris («*Armeniae fluvius, influens in Persiam sinum*», escribe Servio); más difícil que eso le sería al poeta olvidar el rostro de la persona amada.

Parece, pues, evidente que en el pasaje mencionado Isidoro cita de memoria sin tener en cuenta el contexto general que enmarca el verso. Esto se evidencia aún más si tenemos presente que cuando nuestro obispo describe Persia y Asiria (*Etim. Orig.* 14, 3, 8 ss.) no vuelve a mencionar para nada el río Arar, sino solamente el Indo, el Tigris, el Hidaspe y el Arbe.

Refiriéndose a Sicilia, escribe Isidoro: «*Fuit autem quondam patria Cyclopum, et postea nutrix tyrannorum; frugum fertilis, ac primum terris omnibus commissis seminibus aratro proscissa. Principem urbium Syracusas habet, fontem Arethusam*⁵⁷ *et Alpheum fluvium magnorum generatorem equorum* (*Aen.* 3, 704)» (*Etim.* 14, 6, 33).

También en este pasaje el hispalense parece citar de memoria y erróneamente. El texto virgiliano (*Aen.* 3, 694-696 y 702-4) dice así: «A la entrada del golfo Sicanio, frente a Plemurio batido por el oleaje, se extiende una isla a la que sus primeros pobladores llamaron Ortigia. Dicen que allí se abrió camino misterioso bajo el mar el río de Elide, Alfeo, que ahora, Aretusa, se mezcla en tu fuente con las ondas de Sicilia... Luego muestra a lo lejos sus enormes muros la elevada Acragas, nodriza en otro tiempo de nobles caballos» (... *magnanimum quondam generator equorum*). Es decir, Isidoro contamina diferentes datos ofrecidos por el pasaje virgiliano.

Arethusa es nombre corriente que ostentaban fuentes muy diversas. Así, se cita una en Beocia (Plinio, *N.H.* 4, 25; Solino 7, 22; Marciano Capela 6, 653), otra en Eubea (Plinio, *N.H.* 4, 64), otra en el Brutium (Casiodoro, *Var.* 8, 32, 1). Pero la más célebre de todas era la de Siracusa, frecuentísimamente mencionada por los más diferentes autores⁵⁸.

⁵⁷ En el cod. B se lee *aridosam*.

⁵⁸ Sin pretender ser exhaustivo, citaremos los siguientes: Cicerón, *Verr.*

Esta fuente se personificaba en una famosa ninfa o diosa⁵⁹ de la que, según la leyenda, se enamoró Alfeo, río de la Elide, que pudo unirse a ella llegando hasta Sicilia después de fluir por debajo del mar. A esta leyenda hace referencia el pasaje virgiliano utilizado por san Isidoro, y de ella hay abundantes resonancias en muchos autores⁶⁰. Una ligera variante legendaria cuenta que Aretusa era una ninfa de la Elide que se vio forzada a huir por el mar de los acosos de su enamorado Alfeo, por quien perseguida arribó a Sicilia⁶¹.

Alpheus, por su parte, era un celeberrimo río que nacía en la Arcadia, y cruzaba la Elide, cerca de Olimpia⁶²; unido a la fuente Aretusa, es mencionado así por Servio (*Ad Aen.* 3, 694): «...in qua (i.e. Arcadia) est fons ingens qui ex se duos alveos creat, Alpheum et Arethusam...».

El pasaje virgiliano (aunque esto no tenía por qué tenerlo en cuenta Isidoro para sus intereses) tiene un carácter muy específico perfectamente puesto de relieve por F. della Corte⁶³, quien dice: «Después del episodio de los Cíclopes la navegación de los troyanos se hace mucho más rápida... Se alejan de la presencia de diferentes parajes: Pantagia, el golfo de Megara, Tapso, Ortigia, Eloro, el cabo Paquino, Camerina, Gela, Agrigento, Selinunte, Lilibeo y, por fin, se llega a Trépano⁶⁴. Esta rapidísima enumeración de ciudades

5, 118; 6, 80; Livio 25, 30, 6-7; Plinio, *N.H.* 3, 89; 31, 55; Solino 5, 8; Silio Itálico 14, 53; Pamponio Mela 2, 117; Séneca, *Dial.* 6, 17, 3; Floro, *Epit.* 1, 22, 34; Vibio Sequester, *Geogr.* 145, 19; Servio, *Ad Georg.* 4, 351; *Gloss.* 5, 268, 8 etc.

59 Cf. Virgilio, *Ecl.* 10, 1, y el comentario de Servio a este pasaje. *Gloss.* 4, 406, 16.

60 Servio, *Ad Buc.* 10, 4: «Varia enim opinio est: nam alii dicunt, ad Arethusam, nympham Siciliae, Alpheum de Elide venire per maria, secundum quos dixit Alpheum fama est huc Elidis amnem; alii dicunt ipsam Arethusam iam in fontem mutatam Alpheum fugere et de Elide ad Siciliam venire, quod nunc est secutus».

61 Ovidio, *Met.* 5, 409-642; Higino, *Fab. praef.* p. 10, 20; Virgilio, *Ecl.* 10, 4; Servio, *Ad Georg.* 44, 351 y 353. Cf. nota 60.

62 Cf. Hirschfeld, *RE* 1, 1630. Séneca, *Thy.* 116 y 131; *Med.* 81; Ovidio, *Am.* 3, 6, 29: «Alpheon diversis currere terris virginis Arcadiae certus adegit amor»; Estacio, *Theb.* 1, 272: «Sicanios longe relegens Alpheos amores»; Amiano Marcelino 15, 4, 6: «Alpheus oriens in Arcadia...»; Valerio Flaco 8, 91: «Hesperium veniens Alpheos in orbem...». Cf. Ovidio, *Met.* 5, 599 ss. y 2, 250; Plinio, *N.H.* 4, 15; Vibio Sequester, *Geogr.* 145, 19; Avieno, *Orb. terr.* 1174.

63 F. della Corte, *La mappa dell'Eneide* (Firenze 1972) p. 76-77.

64 Nota del autor. G. Schmiedt, 'Antichi porti d'Italia', *L'Universo*, 45 (1965) p. 268.

es vista desde el mar, como en una literatura de periplos, pero también tiene en cuenta el interior: un lago en Camarina, un río en Gela, los muros de Agrigento, los caballos que allí pacen bajo las palmeras de Selinunte. Es probable que Virgilio tuviese aquí presente una literatura de *Ktiseis* de ciudades sicilianas, y cada una de éstas con su oráculo. Pausanias (5, 7, 3) cita el comienzo de una respuesta délfica dada a Arquias, fundador de Siracusa..., y que Virgilio relaciona erróneamente con *Sicanio praetenta pontu*; los sicanos no ocupaban la parte oriental de la isla. Otras profecías se refieren a Camarina (*Anth. Pal.* 9, 685) y a Gela (Diódoro 3, 23). Respecto a Agrigento, Servio (*Ad Aen.* 3, 704) recuerda: cum in Cappadocia greges equorum perissent, Delphici Apollinis responso adduxerunt equos de Agrigento, et reparavere meliores. Por tanto también aquí Virgilio hacía referencia a la literatura oracular»⁶⁵. Por el interés que tiene para nuestra exposición debemos completar el comienzo de la cita serviana, que dice así: «Secundum Pindarum (*Olymp.* 2, 5) quondam Agrigentini equos ad agones Graeciae mittebant, qui inde victores revertebantur».

El nombre de *Chalybs* entraña también confusiones: «Ferrum dictum quod farra, id est semina frugum, terrae condeat. Idem et chalybi a Chalybe flumine, ubi ferrum optima acie temperatur. Unde et abusive dicitur chalybs ipsa materies, ut (Virg. *Aen.* 8, 446): *vulnificusque chalybs*» (*Etim.* 16, 21, 1).

Ante todo, *Chalybes* es una población del Ponto, famosa por sus minas y por la fabricación del acero. En esto están de acuerdo la mayoría de los autores antiguos. «Chalybes in Ponto Europae», escribe Vibio Sequester (*Georg.* 157, 24); «Chalybes, gens in Ponto invenitrix ferri, dicti a Chalybio, Euboicae vico, quod hinc coluissent», puntualiza la *Brev. Expos.*; y el propio Virgilio (*Georg.* 1, 56-8) dice: «nonne vides... ut... (mittunt) Chalybes nudi ferrum...?»⁶⁶. Pero indudablemente es el comentario de Servio al pasaje virgiliano que acabamos de citar el origen de parte de la noticia

65 Nota del autor. H. W. Parke, 'The sources of Vergil Aeneid 3, 692-706', *Amer. Journ. Philo.* (1941) p. 490 ss.

66 Cf. Pinio, *N.H.* 6, 11; 7, 197; Catulo 66, 48; Valerio Flaco 4, 611; 5, 141; Avieno, *Orb. terr.* 947; Amiano Marcelino 22, 8, 21.

de Isidoro: «Chalybes populi sunt, apud quos nascitur ferrum, unde abusive dicitur chalybs ipsa materia».

Ahora bien, san Isidoro nos dice que se trata de un río en cuyas aguas se temple el acero. Tal aserto es, a todas luces, erróneo. Pero, ¿de dónde pudo tomar esta idea? El único autor que menciona Chalybes como un río, y precisamente español, es Justino quien dice (44, 3, 8): «nec ullum apud eos (i.e. Callaecos) telum probatur, quod non aut Birbili fluvio aut Chalybe tingatur. Unde etiam Chalybes fluvii huius finitimi appellati ferroque ceteris praestare dicuntur». Estamos de acuerdo con Hübner⁶⁷ cuando somete a crítica la noticia de Justino respecto a que Chalybs sea un río de Celtiberia: este error «sólo puede explicarlo —dice— una equivocación de la fuente griega (¿Timaíos?) que tendría como base una confusión con el Chalybs del Ponto». «Chalybs y Chalybes —añade— son evidentemente una invención tras la cual apenas se desfiguran un nombre popular».

Isidoro no dice en ningún momento que el río que menciona esté en Hispania, pero el hecho de que lo considere un río, mencione su influencia en el temple del acero, y resalte la inmejorable calidad de ese acero, nos llevan a sospechar que bien pudo ser Justino la fuente —en parte— seguida por nuestro autor.

En cuanto a que el término *chalybs* tenga el significado de «acero», el propio san Isidoro vuelve a repetirlo en *Etim.* 19, 19, 7: «Clavi autem dicti, quasi calibi, quia e calibe fiunt, id est ferro; c(h)alyps enim ferrum est», y en este sentido es empleado con frecuencia por diferentes autores⁶⁸.

Hemos dejado para el final el más problemático de los pasajes, en el que se mezclan una serie confusa de elementos arrastrados por una incorrecta cita de un verso virgiliano: «Vacca oppidum fuit iuxta Pyrenaeum, a quo sunt cognominati Vaccae, de quibus creditur dixisse poeta (*Aen.* 4, 42): *lateque vagantes Vaccei*. Hi Pyrenaei iugis peramplam montis habitant solitudinem. Idem et Vascones, quasi Vaccones, C in S littera, demutata. Quos Gnaeus Pompeius edomita Hispania et ad triumphum venire festi-

⁶⁷ Hübner, *RE* 3, 2101 y 1890-1891.

⁶⁸ Cf. Séneca, *Thy.* 364; Lucano 6, 398; Ovidio, *Fast.* 4, 405 etc.

nans de Pyrenaei iugis deposuit et in unum oppidum congregavit. Unde et Convenarum urbs nomen accepit» (*Etim.* 9, 2, 107-8).

En cuanto a la mención del pasaje virgiliano, éste está completamente sacado de su contexto, y además mal citado. Lo que en realidad dice Virgilio —y refiriéndose al norte de Africa— es: «hinc deserta siti regio lateque furentes / Barcaei»; es decir: «...por la otra parte, una región desértica por la sed, y los Barceos, cuya crueldad se extiende lejos».

En su magnífica edición del libro 4 de la *Eneida*, Pease hace el siguiente comentario al término *Barcaei*: «Servio puntualiza: hi prope sunt a Carthagine; unde addidit *late furentes*. Hi secundum Titianum in Chorographia Phoenicem navali quondam superavere certamine. Barce autem civitas est Pentapoleos, quae hodie Ptolomais dicitur (una frecuente equivocada identificación de la ciudad de tierra adentro con su puerto; Cf. Sethe, en *RE*, 3 (1899) 20; nam Cyrene et Barce reginae fuerunt quae singulis dederunt civitatibus nomina. Los Escolios de Daniel añaden: sed hoc per prolepsin dictum est. (Barce no fue fundada hasta el siglo VI a.C. Cf. Hdt. 4, 160; Sethe, *l.c.*). Si la Barce cercana a Cirene fuera la localidad indicada por Virgilio también parecería geográficamente inapropiado, ya que se encuentra a una distancia de 700 millas de Cartago en línea recta; por otra parte no conocemos ninguna otra Barce que tenga una situación más apropiada, y Virgilio (que tal vez no es muy concreto en su topografía africana o que no desea que Anna se mostrara pedantescamente exacta) debió pensar en el pueblo de Barce como dominador de la región que bordea las Sirtes. En cuanto a la lectura *Baccaei* aducida por Ribbeck a partir de san Jerónimo, *Ep.* 126, 2, 2 y 129, 4, 3 (del cual Isidoro, *Etim.* 9, 2, 107 debió derivar *Vaccaei*) Nettleship, revisando la edición de Conington sugiere que se trata del pueblo *Vacca* o *Vaga* (Salustio. *Iug.* 1, 29, 4, etc.; y que Silio 3, 259 escande *Vāga*), una ciudad localizada por Kiepert a unas 700 millas al sureste de Cartago. Pero la edición de Hilberg de las *Cartas* de Jerónimo, aunque proporciona algunas variantes de los manuscritos sobre estos dos pasajes, no demuestra lo que Ribbeck pretendía, y la

sugerencia de Nettleship es perfectamente refutada por Immisch en *Rh. Mus.* 52 (1897) 127. Parece lo mejor, por tanto, mantener *Barcaei*. La propuesta del propio Immisch de intercambiar los versos 40 y 41 daría como resultado una más lógica disposición de las localidades, pero supondría, por parte de Anna, una precisión en la información geográfica que no deberíamos esperar de una mujer que acaba de llegar a aquella región; y falta además el apoyo de los manuscritos»⁶⁹.

Todo lo anterior viene a avalar un hecho innegable: que el lugar al que se refiere el texto virgiliano está situado en el norte de Africa. Son numerosos los autores⁷⁰ que sitúan en la Cirenaica la ciudad de Barce, de la que Plinio (*N.H.* 5, 32) dice: «Ptolemais, antiquo nomine Barce». Por su parte, Vibio Sequester (*Georg.* 157) escribe: «*Barcaei Mauri*» (Cf. Corippo. *Ioh.* 2, 123; 4, 506). Jerónimo (*Epist.* 129, 4) precisamente refiriéndose al verso virgiliano «*lateque vagantes Barcaei*» comenta: «a Barca oppido, quod in solitudine situm est; quos nunc corrupto sermone Afri Baricianos vocant».

Isidoro, pues, o bien cita de memoria y se equivoca arrastrado por la etimología que pretende establecer, o bien no se está refiriendo a Virgilio (el *creditur dixisse poeta* da al texto una insegura vaguedad) sino a algún poeta que imita el *lateque furentes Barcaei* calcando sobre ello el *lateque vagantes Vaccei*. Pero esta última idea no tiene demasiada consistencia, ya que la cita de Jerónimo, aducida hace un momento, (*lateque vagantes Barcaei*) evidencia que existía una variante textual (*vagantes - furentes*) en el verso virgiliano.

Tampoco es muy admisible que san Isidoro —un hispano— cometiese el error de situar en los Pirineos a los *Vacceos*, pueblo de la Tarraconense asentado en la cuenca del Duero. Pero ya A. Schulten⁷¹ apuntaba que «a causa de la semejanza de este nombre (*Vaccaei*) con el de los vascones, se da confusión entre los dos». (Y cita *Etim.* 9, 2, 107, al

69 A. S. Pease, *Publii Vergili Maronis Aeneidos liber IV* (Darmstadt 1967) p. 122.

70 *Patr. Nc.* 1, 17; 3, 17; Probo, *Inst. gramm.* 4, 95; Silio Itálico 2, 62; 3, 251; 4, 356; Gregorio Magno 3, 16.

71 A. Schulten, *RE* 8, 2034.

tiempo que remite a Holders. *Vaccae* p. 78). El propio Schulten estudió las fuentes antiguas referidas a los vascos ⁷². Por otra parte, la etimología aducida por Isidoro —basada en la simple homofonía— no tiene consistencia alguna.

Resulta por demás desconcertante que san Isidoro (y es el único autor que, según nuestras noticias, lo hace) sitúe en los Pirineos una ciudad denominada Vacca. Con este nombre existía una ciudad de Bizacena (*Bell. Afr.* 74) y otra de Numidia (Salustio, *Iug.*, 29, 4) a veces denominada también Vaga ⁷³.

En cuanto a la noticia que se refiere a *Convenae* no cabe duda de que está tomada de Jerónimo (*C. Vigil.* 4): «nimirum respondet generi suo (i.e. Vigilantius «caupo Calagurritanus»), ut qui de latronum et convenarum natus est semine, quos Cn. Pompeius edomita Hispania et ad triumphum redire festinans, de Pyrenaei iugis deposuit et in unum oppidum congregavit: unde et convenarum urbs nomen accepit». Según Plinio (*N.H.* 4, 108), *Convenae* era un pueblo de Aquitania ⁷⁴; en cuanto al substantivo común, *convenae* es el nombre que se aplicaba a los extranjeros, fugitivos, etcétera, venidos de diferentes lugares, como testimonia Cicerón (*De or.* 1, 37; *Tusc.* 5, 58); motivo con el que juega san Jerónimo en el pasaje que acabamos de transcribir.

Finalicemos con una cita de Ihm ⁷⁵: «*Barce deae M. Priscus ex voto* dice una supuesta inscripción encontrada en Borsous (cerca de *Lugdunum Convenarum*); probablemente se trata de una falsificación. Cf. Sacaze. *Inscr. Antiques des Pyrénées*, p. 226, y la mención de Ptolomeo (2, 6, 52) de la ciudad española de Uxama Barca (*CIL* 2, p. 887)».

MANUEL A. MARCOS CASQUERO
Universidad de Salamanca

⁷² Ibid., 'Las referencias sobre los vascos hasta 800 p.C.', *Revista de estudios vascos* (1927).

⁷³ Así lo hace Salustio. Por su parte, Plinio (*N.H.* 5, 2; 5, 30) menciona la existencia en la provincia de Africa de dos ciudades diferentes que denomina *Vagense oppidum*. Respecto a *Vacca* y *Vaga*, Cf. R. Helm, *RE* 7, 2032-34.

⁷⁴ Cfr. *CIL*, 6, 2497; 12, 254-55 y 8889; Estrabón 4, 190; Ptolomeo 2, 7, 13; Plinio, *N.H.* 4, 108. Véase igualmente Ihm, *RE* 4, 1172. *Convenae* (*Lugdunum Convenarum*): oppidum vel rectius incolae oppidi Aquitaniae, a 'convena'; hodie 'St. Bertrand de Comminges'.

⁷⁵ Ihm, *RE* 3, 6.